

arruinado no estaba este Templo quando vimos entrar en él á nuestro nuevo Pontífice? ¡Ah! ¡Qué diferentes espectáculos se ofrecen aqui á mi imaginacion! ya veo á la hija de Sion cubierta de su verguenza é ignominia, sufriendo que el enemigo ponga sus temerarias manos sobre lo que mas estima, y casi parecida en todo á las mugeres de Tyro: ya la veo como la aurora salir de entre estas tinieblas, y recobrar poco á poco su esplendor, volviendo á cuidar de su gloria; la estoy viendo bajo de tan distintas ideas, y me hallo igualmente confuso en orden á lo que debo decir, ó á lo que debo callar.

Bien sabeis, Señores, que las desgracias de los tiempos, las guerras civiles, la libertad y crédito del error habian casi apagado la fé en nuestras Gaulas, y confundido los derechos y disciplina de nuestras Iglesias: Esta, menos feliz que la tierra de Gessem, no se libró de las comunes plagas, pasó por ella el Angel exterminador, las huellas de la divina venganza quedaron por mucho tiempo impresas sobre nosotros, y no obstante lo mucho que habian trabajado los Prelados anteriores, todavia halló mucho que hacer el que hoy lloramos.

La primera señal de amor que dió á la nueva Jerusalén, á esta Esposa bajada del cielo, fue el no perderla nunca de vista: Oráculos eternos de los santos libros, venerables leyes de nuestros Padres, deseos fervorosos y antiguos de toda la Iglesia acerca de la residencia de los Pastores, ved aqui un Prelado que os conoció y respetó: Por mas que los servicios de un ilustre hermano, el mérito y autoridad de un sobrino, que vuela rapidamente á la fama y á los honores le manifesten unas esperanzas, que siempre son fatales al honor del Sacerdocio; por mas que el mismo Monarca, tan zeloso por otra parte de esta obligacion del Obispado, le arguia de que rara vez se le vé en la Corte, no se deja arrastrar de la pompa de Egypto; y este prudente anciano, como en otro tiempo el viejo Jacob, presentado á Pharaon, y recibido con tan-

tanto honor, no se avergüenza de manifestar al Príncipe que es Pastor, para estar menos tiempo en su Corte, y poderse restituir quanto antes á la tierra de Jessen; raro exemplo en un siglo en que la dignidad Episcopal casi no sirve mas que de decoracion en los palacios de los Reyes, en el que las Cortes parece que se han convertido en Diocesis comunes, en el que las centinelas de Jerusalén, y las trompetas del templo no ven ni hablan sino por ojos y bocas ajenas; y en el que se vé muchas veces á los Príncipes de la Tribu de Leví, indignos depositarios del Arca, ponerla, como los Filisteos, sobre unos hombros viles, y dexarla caminar á la ventura.

La ignorancia y los desordenes del Clero desfiguraban la hermosura de la Iglesia: Este era un obscuro vapor que desde el santuario se esparcia por todo el templo, y tiznaba su oro y su esplendor. ¡Pero qué cuidado no puso en disiparle! Tú, sagrado edificio, que fuera de los muros de esta ciudad encierras los preciosos manantiales donde se bebe con descanso la doctrina y la verdad; que ves correr desde tu seno los espíritus del Sacerdocio y del Apostolado que se derraman por nuestras ciudades y aldeas, que fuiste el piadoso fruto, y el mas tierno objeto de su amor, tú se lo dirás á la posteridad; y derivando hasta ella la noticia del amor que tuvo á la Iglesia, tambien la comunicarás el respeto y agradecimiento que conservas á su memoria.

Instruido en el precepto del Apóstol, ¿con qué circunspeccion imponia las manos para formar administradores de la heredad de Jesu-Christo? ¡Ah! ¡Si pudierais vos, sabio Coadjutor de su Obispado, decirlo aqui en mi lugar! Bien sé que confiando á vuestro zelo esta penosa parte de su ministerio, oía con agrado vuestros respetuosos consejos, los seguía con religion, y aún se anticipaba á ellos con prudencia; y que como Samuel en la casa de Isai, nunca atendió ni á los derechos del nacimiento, ni á las vanas distinciones de la carne, quando habia de der-

ramar la unción santa, y dar Príncipes á Israel.

Yo mismo; ; pero como lo podré decir sin renovar mi dolor al acordarme de su conversacion y afabilidad! Yo mismo le ví muchas veces con aquel aspecto de candor y sinceridad que explicaba en su rostro los pensamientos de su corazón, le ví llorar por la funesta negligencia de aquellos Prelados que á todas las horas del día, y sin distincion alguna reciben obreros, y los hacen pasar desde la misma plaza del mercado á la viña; poniendo inmediatamente el vestido de inocencia y dignidad á unos hijos pródigos, que regularmente se dedican á un estado santo y penoso, sin mas disposiciones que la imposibilidad de continuar mas tiempo en sus culpas, ó la esperanza de gozar mejor suerte en la casa del padre de familias.

Al mismo tiempo que se aplica á separar del santuario estos vasos de desprecio y de ignominia, ; con qué cuidado y con qué ansia coloca en él los vasos de honor y de eleccion! Sus ojos estaban abiertos como los del Profeta, para buscar dispenseros fieles hasta en los países estraños, y hacerlos sentar á su lado. ; Acaso dexó de amarlos aunque fuesen viles y despreciables á los ojos del siglo, por ser éste el destino inevitable de la virtud? Aunque estuviesen expuestos á las calumnias de los hombres, y á los dardos de los perversos, ; dexó de defenderlos con toda su autoridad como con un sagrado muro? ; No supo, siguiendo las huellas del Obispo de nuestras almas, Jesu Christo, justificar el zelo de sus discípulos contra las murmuraciones de los Fariseos, y poner como el Pontífice Achimelech la sagrada espada en manos de aquellos que solamente eran perseguidos por haberla empleado gloriosamente contra los Filisteos?

¡ Ah! ; Si pudiera yo manifestaros su tierno amor á los Pastores vigilantes, mudado en indignacion contra los infieles! ; Si pudiera referir sus empresas y deseos en este punto, y alabar tanto lo que hizo, como lo que deseó hacer! Pero queden cubiertos estos misterios de infa-

III V como mia

mia y de ignominia con un perpetuo velo; no lleguemos á los ungdos del Señor, respetemos lo mismo que ellos deshonran, y seannos, en algun modo, tan sagrados sus vicios como sus personas.

Quiera Dios que la fatal revolucion de los tiempos, á la que todo cede, respete tambien algun día las señales aún vivas del amor que tuvo á su Iglesia. Quiera Dios que los siglos venideros cuenten desde el tiempo de su Obispado el restablecimiento de la fé, de la doctrina y de la piedad, y digan de él, que cortó los abusos, ó autorizados con la libertad, ó consagrados por la supersticion; que restableció las leyes, ó despreciadas por la relajacion, ó abolidas por la costumbre; que restituyó al culto exterior la decencia y magestad, la dignidad á los Ministros, y el honor al ministerio; que en su tiempo las gracias de los Sacramentos se distribuyeron con precaucion, y se recibieron con fruto; que en su tiempo se levantaron en nuestras ciudades estos públicos asilos, ó contra la miseria, ó contra las culpas; que en su tiempo una nueva luz empezó á alumbrar á los que estaban sentados en las tinieblas, y en la sombra de la muerte; que unas tierras casi desconocidas recibieron la divina palabra; que en nuestras aldeas se lograron las fatigas apostólicas; que se evangelizó á los pobres: y que en lo mas retirado de sus rusticos albergues, en donde vivian gobernados por un brutal instinto, sin que apenas se pudiese conocer que eran hombres, conocieron por último al Dios de sus padres, y la esperanza comun de los christianos. Este fue el uso que hizo de su autoridad; no falta mas que manifestarosle como un padre amoroso y caritativo.

TERCERA PARTE.

¿ Qué otra religion sino la de los christianos oyó jamás hablar de una virtud, que siente sobre manera los males ajenos, que no es ambiciosa, y que

D 2

aten-

atenta á las calamidades de sus próximos, se olvida voluntariamente de las propias? *Omnia suffert, non est ambitiosa, non querit que sua sunt.* (a) Pues éste es el carácter de la caridad, ó por mejor decir, el del caritativo Prelado que aqui elogio.

Persuadido á que los Pastores solamente son depositarios de los bienes de la Iglesia como de su fé, ¿con qué religion los distribuyó! Porque, señores, ¿qué otra cosa sería convertir las riquezas del santuario en usos profanos, sino mudar en motivo de pecado el sagrado fruto de la penitencia de nuestros padres, hallar en las inocentes ofrendas de los primeros fieles ocasion para formarse unas ofrendas pecaminosas, insultar á la pobreza evangelica con el patrimonio de los pobres; en una palabra, hacer que Dios sirviese á la iniquidad? Bien sabeis que las manos del Altísimo formaron en nuestro caritativo Prelado uno de aquellos corazones compasivos y misericordiosos, á quienes sirve de molestia su prosperidad al ver las miserias ajenas: su compasion no era como la de aquellos que solamente se compadecen de ciertos males, siendo insensibles para todos los demás, que hacen eleccion entre las miserias, y que por ser caritativos con prudencia, son piadosamente crueles; su caridad fue universal, jamás halló otra diferencia entre los desgraciados, que la que en ellos ponía su propia miseria.

¿Qué tierno espectáculo se presenta aqui á mi vista! En una parte la viuda cubierta de luto y de tristeza, baxo un pobre y desamparado techo, mira suspirando á sus pobres hijos, afligidos de la hambre, y sin esperanza de poderlos socorrer, vá como la de Elías á aliviar su necesidad con lo poco que la queda, y á morir despues con ellos; quando por un nuevo prodigio vé multiplicados sus bienes, y consolada su afliccion. Las Virgenes consagradas al Señor, levantan en su retiro sus puras ma-

nos
(a) 1. Corinth. 13. v. 5. & 7.

nos al cielo, ofreciendo por él una inocencia conservada por sus liberalidades. El ciudadano, que debaxo de una brillante exterioridad, oculta una profunda miseria, privado del caritativo confidente de su verguenza, y de sus necesidades, busca las tinieblas para confiarlas su afliccion; y como Josef, se aparta para llorar, de aquellos que engañados con las apariencias acuden á él á buscar pan, temiendo que le reconozcan por su hermano.

¿Pero en qué relacion tan dilatada voy á empeñarme! Aqui hallan asilo aquellos vasos de ignominia, aquellas víctimas de la pública disolucion, y deben á sus liberalidades, ó el deseo de la virtud, ó á lo menos la imposibilidad para la culpa. Bien lo sabeis piadosos Ministros á quienes está confiado el cuidado de tan santa obra; aqui se levantan ó subsisten por su cuidado estos sagrados lugares, destinados, ó á recibir á los mendigos y vagos, ó á aliviar á la miseria afligida; aqui un rayo de luz penetra el horror de los calabozos, y dá á conocer á los infelices que los habitan, que todavia hay compasion en la tierra; aqui los Obreros evangelicos santamente ocupados en recorrer nuestras aldeas, y en distribuir á los párvulos la leche de la doctrina, derraman en su nombre el rocío del cielo, y las bendiciones de la tierra, y con un inocente artificio, al mismo tiempo que socorren las miserias del cuerpo, se abren camino para remediar las del corazon; aqui por el cuidado de este Jacob, los granos de Egipto vienen á consolar la esterilidad de la tierra de Canaan; y su caridad, siempre ingeniosa, vá á buscar á los pueblos estraños el remedio para la calamidad del suyo.

¿Cruelles entrañas que os utilizais de las públicas miserias, que haceis grangería de las lágrimas y de la necesidad de vuestro hermano, y que no le alargais la mano sino para acabar de despojarle, oid lo que dice el Espíritu santo! Quando esteis hartos, sentireis que os despedazan; vuestra misma felicidad será vuestro suplicio, y

el

el Señor hará que llueva sobre vosotros la venganza y el furor.

¡Que no pueda yo recoger aquí los infinitos frutos de su misericordia, y en medio de las calamidades que nos afligen, ó despertar vuestra tibieza, ó edificar vuestro zelo con la historia de sus liberalidades! ¡Que no pueda yo representar su amoroso cuidado por las necesidades de su pueblo! Mil veces le ví que se conmovian sus entrañas al oír las públicas miserias; su rostro se cubria de una santa tristeza, salian de su boca palabras de dolor y caridad; y compadecido, como Jesu-Christo, de la multitud hambrienta, se le veía, como al Señor, levantar los ojos al cielo; y casi multiplicar sus tesoros para alimentarla.

Quiero pasar en silencio, que era vista del ciego, y pies del cojo; que miraba atentamente al huérfano, y consolaba á la viuda: que como aquel hombre instruido en el reyno de los cielos, sacó de su tesoro lo antiguo y lo nuevo, que siempre salia de su persona una virtud benéfica que aliviaba todas las miserias, que siempre salia desde su palacio, como de otro lugar de inocencia, un sagrado raudal que inundaba la tierra, que nunca fue tan ingeniosa la vergüenza para ocultarle los infelices, como habil su caridad para descubrirlos; y parece que su compasivo corazón le anunciaba las mas secretas necesidades.

No os figureis aquí, señores, uno de aquellos hombres, cuyo zelo vano solo gusta, por decirlo así, de exponer al público su riqueza, que manifiestan con arte la miseria de sus próximos, no tanto por grangearlos socorros, como por poder decir que los han socorrido; que con pretexto de edificar á los concurrentes, ponderan con viveza su grande compasion; que no tienen ojos para ver otras miserias más que las que se pueden hacer públicas; y que como los tímidos discípulos en la mar, quando se les aparece Jesu-Christo entre las tinieblas, exclaman, diciendo que es fantasma, y no quieren conocerle; invisibles ojos del Padre celestial, vosotros fuistéis

tes-

testigos de las secretas liberalidades de su caridad; ¡Quántas obras de luz no sepultó en las piadosas tinieblas! Parece que juzgaba, ¡oh Dios mio! que sus obras santas manchadas por la vista agena no eran dignas de la vuestra, y que para que borrasen sus iniquidades de vuestra memoria, era preciso que estas mismas obras se borrasen de la memoria de los hombres; en este particular nunca tuvo confidentes; la caridad se habia fabricado en su corazón una especie de santuario, en donde solamente tenia derecho de entrar el Pontífice, y ni aún su misma muerte pudo rasgar el velo que ocultaba á nuestra vista estos piadosos misterios.

¡Ah! Si yo pudiera á lo menos penetrar los secretos de las familias, veria en una parte á la inocencia á pique de perecer, y preservada del naufragio; veria en otra ser menos la iniquidad por no parecer ya tan necesaria; ¡Pero qué es lo que voy á hacer, señores? Me parece que faltó al respeto que debo á estas sagradas tinieblas; me parece que se resienten sus amadas cenizas; me parece que esos aridos huesos se vivifican al oírme; que ese rostro, sobre el que en otro tiempo estaba pintada la afabilidad, se cubre de una modesta indignacion; y que desde lo profundo de ese triste mausoleo me dice: No turbes el descanso de mi sepulcro, y no vengas á registrar mis cenizas, para descubrir en ellas los secretos fervores de mi amor, destinados á permanecer en la obscuridad hasta el dia de la manifestacion de Jesu-Christo.

No os parezca, señores, que no empleaba, como otros muchos, en alivio de los pobres sino las inútiles reliquias de su luxu ó de sus placeres, y que sus limosnas no eran más que el sobrante de sus pasiones. Supo honrar al Señor con su propia sustancia; la frugalidad de su mesa, la modestia de su trén, tan recomendada á los Prelados por las leyes de la Iglesia, fueron los fondos de donde sacó los caudales para los pobres, y su economía, por hablar con el Apóstol, fue la riqueza de los pueblos.

¡Qué

¿Qué modestia en su palacio! Esta nos acordaba aquellos felices tiempos, en que acompañado el Obispo solamente de su dignidad, sabía también grangearse el respeto de los fieles; en que el fausto no se había introducido como decencia en un ministerio de humildad; en que lo elevado del carácter servía de motivo á la moderación, y no de pretexto al luxo; en que toda la gloria de la hija del Rey era interior; y en que el pueblo de Dios solamente miraba como á Pontífices á los Aarones, revestidos de justicia y santidad; ¿Qué despego de la carne y de la sangre! ¿Os parece acaso que era uno de aquellos Pastores crueles, que mantienen la ambicion y vanidad de sus parientes con la sangre y sustancia de los pobres, que hacen servir los tesoros del santuario á decoraciones profanas, que levantan ídolos sobre las ruinas del altar, y que con un vergonzoso desorden enriquecen á Egipto con los mismos despojos del tabernaculo? No por cierto, estas piadosas riquezas las empleó en cubrir la desnudez, y no en adorar la vanidad; en remediar el hambre, y no en lisongear la sensualidad; en apagar la sed, y no en irritar el apetito; y si en este punto se le puede arguir de algun exceso, será acaso de haber llevado á muy alto punto esta virtud.

Sacerdote eterno, Príncipe de los Pastores, divino Apóstol de nuestra fé, y de nuestra confesion, Christo Jesus, que nos queda ya que hacer; mas que pedirnos para esta afligida Iglesia un Pontífice como el que acaba de perder, inocente, separado de los pecadores, cuidadoso de ofrecer dones y sacrificios por los pecados, aplicado á todo quanto se ordena á vuestro culto: mas elevado que los cielos, y que sepá compadecerse de las enfermedades de su pueblo. ¡Ah!; Habeis de permitir, Señor, que una Iglesia, cuyo nacimiento es contemporaneo al del christianismo en las Gaulas, levantada casi sobre el fundamento de los Apóstoles, y de los primeros Profetas, gobernada por una sucesion tan gloriosa de san-

tos

tos Pastores, é ilustrada tantas veces con su sangre, tan pura en sus leyes, tan venerable en su culto, y tan ilustre en sus derechos, sea herencia de un Dispensero infiel, y que una porcion de vuestro rebaño, tan querida, sea presa de un lobo carnicero!

Piadoso Prelado, si en el seno de Abrahám, (porque, ¿ó Dios mio! no pretendo investigar lo profundo de vuestros consejos, ¿cómo habiais de poder cerrar vuestro eterno seno al que siempre os abrió el suyo en las personas de vuestros siervos afligidos?) Alma caritativa, si en el seno de Abrahám, vuelvo á decir, gozas ya el inmortal fruto de tantas obras de vida; si estás recogiendo las bendiciones que sembrabas acá en la tierra, mira con ojos propicios los gemidos de esta triste Sion; sé siempre su Esposo invisible; no perezcan jamás los sagrados vínculos con que estubiste unido á ella: Escoge tú mismo para ella en los tesoros eternos un Pontífice fiel; muévate todavia el cuidado de su gloria, aunque interrumpa ese mismo cuidado tu reposo en el seno de la inmortalidad.

¿Pero por qué os le he de representar gozando de la inmortalidad, aún antes de habérsle representado en el seno de la muerte? ¿Será acaso por escusaros esta afliccion? Pero pues es indispensable, hagamos memoria de este triste espectáculo: La inocencia de sus costumbres, la fidelidad á las obligaciones de su ministerio, la profusion de sus tesoros, aquella piedad constante y amorosa, aquella fé viva y sencilla, el tremendo sacrificio que ofrecia con tanta frecuencia, y siempre con tanta devocion y respeto, el sagrado baño de la penitencia, adonde continuamente acudia con tanto dolor y humildad á lavar las manchas de su alma, aquellos preciosos instantes que usurpaba, ó á sus ocupaciones, ó á su descanso, para sustentarse con las verdades de eterna salud por medio de la leccion de los libros piadosos: En una palabra, la memoria de su vida debiera servirnos de seguridad en su muerte.

Tomo VIII.

E

La

La mano del Señor se extendió sobre él, y le hirió, pero tan levemente, que apenas parecia que le habia tocado; puede ser que fuese así para que se engañase nuestro dolor; el golpe fue casi absolutamente invisible. Cumpióse segunda vez la historia del sueño de Daniél, y vimos una piedrecita despedida de las montañas eternas, tropezar flojamente contra uno de los pies de esta preciosa Estatua, cuya extructura parecia prometernos una larga duracion, y reducirla á polvo inmediatamente; lo ligero del mal, el buen temperamento del enfermo, las conjeturas del arte, todo esto adormecia nuestro temor. Un Sobrino, á quien la gloriosa eleccion del Príncipe, y las necesidades del estado habian hecho pasar desde el Rhin á Italia, engañado con las mismas esperanzas, le dexa en la cama de su dolor, y se encamina á la Corte, donde le llamaban el agradecimiento y la obligacion; pero las tristes circunstancias de esta despedida, y los tiernos abrazos del afligido anciano, fueron como lúgubres presagios de un amor que agonizaba, y de una separacion aún mas cruel; y en efecto, muy poco despues llega el dia del Señor; un mortal letargo nos anuncia el sueño de la muerte, las señales de ésta cubrieron su rostro, dexóse ver escrito sobre él su decreto, y la muerte cruel, que hasta entonces habia estado escondida en su seno, casi se dexó ver con toda claridad.

Al oír esta fatal noticia se esparce por todas partes un temor universal. Los Sacerdotes del Señor suben al Altar, buscan en el Sacrificio de la muerte de Jesu-Christo un remedio de vida para el Pontífice que agonizaba; exponen la adorable víctima al público dolor; los ciudadanos corren en tropel á nuestros Templos, y rodean los Altares; los pobres en medio de nuestras plazas públicas, con las manos levantadas ácia el cielo, piden con sus gemidos la vida del padre que están para perder; las sagradas vírgenes lloran con silencio en el Santuario, y siendo tristes testigos de el dolor y conformidad christiana de

una Abadesa, para la que es tan cruel esta separacion, por razon del tierno vínculo que la unia á él, derraman su corazon al pie de los Altares, y mezclando sus suspiros con sus súplicas, las hacen subir hasta los pies del trono del Cordero, á quien ellas han de seguir algun dia; y con este tierno espectáculo casi intentan arrancar de manos del Dios Eterno la fatal espada que ha de cortar unos dias tan preciosos; pero los decretos con que Dios determina premiar ó castigar son irrevocables, y ya habia llegado su hora, ó por mejor decir, la nuestra; se recurre á los últimos remedios de la Iglesia, y el letargo como respetándolos cesa de repente; su fe se despierta, sus ojos se abren para ver á su Salvador, pide, no solamente que le de den á comer su carne, sino tambien á beber su sangre, y estando para espirar, quiere, como su Divino Maestro, embriagarse con este precioso vino, el que no habia de volver á gustar hasta que se hallase en el reyno de su padre celestial.

Entretanto el mal se aumenta; su afligida familia se deshace en lágrimas al rededor de su cama, un amigo prudente y fiel procura, aunque en vano, oír de su boca, por último consuelo, algunas palabras moribundas, y le exorta á que disponga de su casa terrestre; pero la lengua se hallaba ya ligada con un eterno freno, y no se le podia sacar mas respuesta que una respuesta de muerte; mirad, le dice aquel amigo, que los pobres á quienes tanto habeis amado pierden todo su alivio perdiéndoos á vos; vuestro Palacio resuena con sus gemidos; ¿qué remedio los dexais para despues de vuestra muerte? Pero qué esto, católicos? La caridad nunca muere; al oír estas palabras, aquella alma misericordiosa vuelve en sí para hacer el último esfuerzo de compasion; sus ojos, á los que ya habia cerrado la muerte, se vuelven á abrir, segun parece, para mirar con su acostumbrado amor á los infelices; sus manos desfallecidas, y por tanto tiempo acostumbradas á las santas profusiones, aprietan afectuo-

samente las de aquel ilustre amigo, como queixándose de que ya no estaban hábiles para estos oficios de caridad; parece que aquel cuerpo casi muerto se anima con una vida estraña, se atormenta, se inquieta, hace mil esfuerzos para explicar sus antiguos y piadosos designios; pero aquellas palabras de caridad que formaba en su corazon, espiraban al llegar á su lengua, ya fria é inmovil, y se mudaban en profundos suspiros. ¡Oh Dios mio! ¡Qué pasaba entonces en aquella alma! ¡Qué santas inquietudes! ¡Qué tiernos gemidos! ¡Qué nuevos excesos! ¡Qué ardientes deseos! ¿No acabó de consumir las reliquias de sus flaquezas aquel sagrado fuego? ¿No llegó sin mancha á vuestra presencia, quando separada de su habitacion terrestre por los mismos esfuerzos é inquietudes de la caridad, pareció delante de vuestro Tribunal terrible?

¡Qué mas os diré, católicos! ¡Que de este modo desaparece repentinamente la figura de este mundo! ¡Que de este modo se desvanece el encanto de los sentidos! ¡Que de este modo se deshace contra el sepulcro la fantasma que nos está burlando! ¡Que los mas felices dias de nuestra vida no son mas que porciones de nuestra muerte! ¡Que la flor de la edad se marchita! ¡Que las mas vivas pasiones se apagan! ¡Que nos cansan los placeres con su nada, ó que se nos huyen con sus excesos! ¡Que la gloria mundana no es mas que un nombre, que es preciso comprar á costa de nuestro sosiego! ¡Que la pompa y resplandor no son mas que vanas decoraciones de teatro! ¡Que los honores no son mas que títulos para nuestros sepulcros! ¡Que las mas bellas esperanzas no son mas que agradables errores! ¡Que los mas ruidosos movimientos no son mas que como los de aquellos resplandores de los fuegos nocturnos, que lo mismo es manifestarse que volverse á sepultar en las eternas tinieblas! En una palabra: ¡que en esta vida no hay otra cosa sólida mas que las medidas que se toman para la otra! ¿Quereis que os diga yo todas estas cosas? ¿Pero no lo está publi-

can-

cando todo en estos dias de luto y de tristeza? ¿Qué Orador ha habido jamás tan eloqüente acerca de los engaños del mundo como el mismo mundo? Entre los placeres hablamos de la frugalidad; insultamos al mundo, al mismo tiempo que le estamos adorando; ¿pero qué fruto sacamos de estas estériles reflexiones? Nada mas que algunos tibios proyectos de mudar de vida, que no hacen mas que tranquilizarnos acerca de nuestros presentes desórdenes; y contentos con haber conocido nuestras heridas, parece que vivimos contentos en nuestra enfermedad.

Triste Sion, prosigue en los cánticos lúgubres que yo te he interrumpido, y llora sobre las cenizas del Sagrado Esposo de que te ves privada. Subid al Altar, Sacerdotes del Señor, y si acaso algunas reliquias de la humana fragilidad, si algunas negligencias en las infinitas obligaciones de su penoso ministerio detienen aún al Príncipe de los Sacerdotes, á quien lloramos, en aquel misterioso lugar del Templo en donde acaban de purificarse los Ministros: ¡Ah! Disponedle el aparato del Sacrificio, poned en manos de ese piadoso Pontífice la Sangre del Cordero, para que pueda entrar en el eterno Santuario, y presentarse con confianza delante del Rey de la Gloria. Amen.